

C A P Í T U L O V I

**Donde se relata el encuentro del pastor con Sancho
y otras cosas dignas de especial mención**

Entre tanto, D. Quijote y Sancho cuidaban de las cabras y tenían graciosas pláticas sobre lo pasado, lo presente y lo futuro, en que era de verse la elevación y grandeza de pensamientos del uno, al lado de la materialidad e ignorancia del otro. Cuando D. Quijote tocaba en las estrellas, empinado como un gigante sobre el carro del progreso moderno, Sancho se sobaba la barriga, y bostezaba perezosamente, echando de menos su bota, su pollino y sus alforjas. Mucho favor se le haría en creer que por olvido no hubiese averiguado por la bolsa de dinero que recibió de manos del desconocido, la noche de su última salida, que muy presente la tuvo al despertar, y muchos tanteos dio en torno de su cuerpo para ver si la topaba, pero fue vano su empeño, porque D. Quijote, que despertó primero, ya la había tomado para sí, de lo cual advirtió a Sancho, prometiéndole devolvérsela centuplicada, cuando en América estuviesen, préstamo que el fiel escudero le hizo de buen grado, porque no dudó por un momento siquiera de la puntualidad en el pago, siendo aquella remota tierra la misma de las trojes de perlas y las herraduras de oro fino, riquezas que resplandecían de un modo extraño en sus sueños y pensamientos.

Previendo el pastor que no fuese muy presto su retorno, autorizó a D. Quijote para que matase un cabrito, por lo que dispuso mandar que Sancho escogiese uno entre la manada, que fue darle en la vena del gusto, pues ya renegaba y echaba pestes contra la lactancia higiénica, y se las pelaba por

comer cosas sólidas. Pero a la hora de la matanza, tropezaron con una gran dificultad, cual era la falta de cuchillo.

—Vete, Sancho, a la cueva otra vez, y trae mi espada, que junto a la armadura reposa.

—Me ha dicho su merced que ninguna cosa es tan sagrada como un juramento, y yo juré al salir de esa cueva que no entraría más en ella. Ruégole, pues, no me ponga en punto de hacer una mala acción.

—Bien te cuadraría, Sancho, el título de doctor en artimañas. Comprendo que es tu cobardía y no el temor de Dios, quien te lo impide; pero un juramento como ese, con otro tal se paga: yo juro que en la primera autopsia o embalsamamiento que en América practique, te haré saltar tres veces por encima del muerto, que es el remedio más sencillo y eficaz contra el miedo.

Entre un mal inmediato y otro remoto, no hay duda en la elección. Sancho, descubierta en sus intenciones, inclinó la cabeza en señal de que no le quedaba más camino que someterse al juramento de su amo, así como él acataba y se sometía al suyo, y en este predicamento estaba, cuando se le ocurrió salir del mal paso, por medio de otro juramento.

—Como en guerra avisada no muere soldado, yo juro desde ahora para entonces, que no acompañaré a su merced en ese oficio de descuartizar y adobar muertos, y con esto quedamos en paz.

D. Quijote no le tenía miedo ni a los dragones del infierno. Con sereno continente y sin el menor cuidado, volvióse para la cueva, y se entró en ella como Pedro por su casa; y allí lo dejaremos metido, para salir al encuentro de Santiago y el pastor, quienes pensaron por el camino que sería lo más conveniente no presentarse juntos al aparecido, sino que se adelantase solo el muchacho, a rendir cuenta de su cometido, y le hablase entonces del compañero que atrás venía, deseoso de conocerle y servirle en lo que fuese de su agrado.

Cumpliendo este plan, se demoró Santiago entre unos árboles, y se adelantó el muchacho solo, con el voluminoso lío del encargo, cantando de voz en cuello una de sus coplas favoritas, y al primero que descubrió fue a Sancho, figura nueva para él, no menos espantable que la de D. Quijote, aunque diametralmente opuesta. Advertido Sancho por su amo de la edad y

señales del pastor, no bien hubo escuchado su canto y divisándole a lo lejos, cuando prontamente le salió al encuentro dándole voces de bienvenida y alzando y bajando los brazos en los trasportes de su alegría.

El pastor, que no tenía noticia de este otro personaje, supuso por un instante que era el mismo aparecido, pero transfigurado, por obra de encantamiento o del mismísimo diablo, en aquel enano de fea catadura; y sin entrar en reflexiones, soltó el lío y dio la vuelta a toda carrera, para juntarse a Santiago y poner los pies en polvorosa. Cuando éste lo vio llegar, tan demudado y fuera de sí, le preguntó al punto:

—¿Qué ha sido, Dios Santo? ¿Acaso estamos descubiertos por la justicia? Responde, muchacho...

—¡Es otro, es otro! —fue cuanto pudo decirle el pastor, sin que el miedo ni el gran temblor de su cuerpo le permitiesen dar más explicaciones.

—¿Y el lío? ¿Te lo han quitado?

—Lo tiré yo mismo al suelo para correr más ligero, porque el enano se me vino encima tan pronto me vio de lejos.

Y el pastor, repuesto un poco de su gran susto, contó a Santiago lo que había visto; y éste, sin participar por completo del espanto de su compañero, quedóse perplejo y sin saber qué partido tomar, hasta que resolvieron ambos ponerse en asecho, e ir avanzando con el cuidado que el caso requería. Vieron entonces que el enano había tomado el lío, y regresaba con él, a tiempo que el primer aparecido, armado con una descomunal espada, le salía al encuentro; que en seguida platicaron un rato, y juntos se volvieron tomando el camino de la choza, senderos harto conocidos del pastor, al cual le volvió el alma al cuerpo, viendo desvanecida la causa de su mayor miedo, cual era que el enano y el aparecido fuesen una misma persona. Libres ya de este supersticioso terror, cayeron en la cuenta de que, según las medidas, el vestido de criollo debía de ser para el enano.

Reanudó el pastor su interrumpido canto y su desandado camino; y en esta vez, fue el mismo aparecido quien salió a recibirlo y manifestarle su agradecimiento, riéndose del inesperado susto que su criado y compañero le había causado, y explicándole a este respecto lo demás que el pastor ignoraba, a tiempo que Sancho, retirado un buen trecho, amolaba sobre una piedra la mohosa espada del Caballero de la Triste Figura, caída del alto y nobi-

lísimo puesto que en la caballería andante llegó a ocupar, al bajo y degradante oficio de cuchillo de carnicero. ¡O tēmpora, o mores!

Entróse luego D. Quijote a la choza, provisto del lío, y al examinar una a una las piezas de ropa, para tomar su vestido de turista, subió de punto su sorpresa al hallarse con la chupa y chaleco de terciopelo, color carmesí, la gran faja de seda de vivos colores, la gorra afelpada, y la tradicional capa con los demás adornos y perejiles del traje clásico del torero.

—Hola, pastor amigo, ¿es este por ventura el vestido de turista que me traes?

—El mismo, señor, según lo aclaró y explicó con mucha gramática, un maestro de escuela, que nos dijo que *turista* o *torista* valía lo mismo que torero.

—¡Válgame Dios! y en qué grado de atraso e ignorancia viven esas pobres gentes! Culpable soy yo que debí explicarte punto por punto las condiciones del vestido, pero no lo hice por no ofender ni menoscabar la honra profesional de esos señores sastres y tenderos, porque ¿qué dirías tú, amigo, si el que te pidiese un cabro, a tí que eres cabrero de oficio, tuviese necesidad de describirte como un Buffón, todo el animal por entero, desde los cuernos hasta la punta del rabo, dándote a entender con esto, que podrías errar en el nombre y en la cosa, mandándole un cerdo o un venado? Así lo han hecho esos infelices, que aun viven en la sombra del mundo, lejos de la corriente y claridades del progreso. Yo mismo tendré que dar las instrucciones, para que me hagan el traje modernísimo que deseo, y en el interím, vestiré el que me has traído, porque sería necesidad y vano empeño, que en estos lugares tan atrasados y retrógrados, entiendan lo que es *turista*, cosa que en Francia, Alemania y Norte América sabe y comprende cualquier limpia botas.

Dióle cuenta el cabrero del desempeño de su cometido, sin omitir sus temores a la justicia, y la compañía y buenos oficios de Santiago, más los deseos que éste tenía de conocerlo personalmente, a lo cual respondió D. Quijote, que tendría gran contento a su vez de conocer a quien de tal modo lo favorecía con su amistad, pero que no era decoroso que los hallase a medio cubrir, por lo que se apresuró en vestirse, y en llamar a Sancho, para que también lo hiciese, mientras regresaba el pastor en busca de Santiago.

Cuando Sancho acudió, ya D. Quijote estaba vestido de pies a cabeza, con su vistosísimo traje, en el cual relampagueaban las lentejuelas y cordones metálicos. Quedóse por un momento atónito y en suspenso el fiel escudero, y restregándose los ojos, como quien vuelve de un sueño, exclamó, lleno de admiración:

—¡Cuánta riqueza y hermosura, mi amo y señor! En los días de mi vida, jamás lo había visto tan gentil ni tan guapo como ahora. Ah, si mi señora doña Dulcinea lo viese, estoy seguro de que echaría la baba y se moriría de amor por su merced.

—Anda presto, Sancho, y déjate de bromas, que está para llegar aquel caballero anunciado y no es propio que te halle tan haraposo.

A pesar de los esfuerzos de D. Quijote, que tuvo que servirle a Sancho de camarero, costó mucho meterlo en las ropas de criollo, que resultaron estrechas; pero la necesidad de vestirse era extrema y pronto el celebrísimo escudero quedó convertido en un paisano de América, no porque así pareciese, sino porque tal se le antojó a D. Quijote. Algo había en su rara catadura, de banquero de provincia, algo de aldeano vestido de gala, algo de esquimal, algo, en fin, de todo lo ridículo y caricaturesco que pueda imaginarse, y nada, nada de criollo.

Pondérese la viva impresión que causarían en el ánimo de Santiago, uno y otro personaje, cuando se acercó a ellos y los saludó cortésmente. D. Quijote le contestó con la mayor afabilidad y cortesanía, diciéndole en seguida, con su natural arrogancia:

—Adivino la curiosidad que tenéis de saber quién soy, cosa que vuestro amigo y compañero también ignora: yo soy el Dr. Alonso Quix, caballero de la orden del Progreso, ciudadano cosmopolita, instructor y mecenas del pueblo, y reformador de viejas costumbres; y éste que aquí veis, agregó volviéndose a su antiguo escudero, es Sancho d'Argamasille, adicto colega, que me sirve de secretario en los negocios políticos, de preparador en el laboratorio químico, de practicante en los casos médicos, de editor en mis obras literarias, y de socio y compañero en todas mis empresas.

Hizo aquí una breve pausa D. Quijote, y luego continuó en estos términos:

—Nos hallábamos en el peregrino trance de necesidad que os habrá contado este pastor amigo, por causa de un suceso infausto, nada extraño en la vida de los viajeros universales. No ha muchos días que nos bañábamos en las ocultas fuentes del Guadiana, cuando creció de súbito el río, con tanta fuerza, que no fue parte nuestra ligereza para librarnos de sus aguas impetuosas, y ser arrastrados largo trecho, hasta que logramos ganar la orilla, y poner en salvo nuestros cuerpos, pero no nuestras ropas, que las crecidas ondas se llevaron consigo. Para ocultar nuestra desnudez, y guarecernos de la intemperie, entramos en la cueva de Montesinos; y tanteando aquí y allá, de uno en otro rincón, para examinarla y medirla, ya que la ocasión era propicia, mientras mi compañero hacía de atalaya, en espera de algún socorro humano, descubrí unos huesos áridos, dispersos por el suelo, que de gente me parecieron, y junto a ellos, muchas monedas de oro, por lo que he creído que fuesen los restos de algún perseguido moro, que halló la muerte en su escondite. En posesión de tan rico hallazgo estaba, cuando oí el canto de este pastor, y a grandes voces le pedí el socorro que necesitaba. Lo demás, él os lo habrá contado.

Con tanta naturalidad y visos de verdad habló D. Quijote, que el mismo Sancho estuvo a punto de creer y dar por cierto todo lo que acababa de oír. A la verdad, tampoco nosotros podríamos asegurar que fuese aquello una invención, porque bien podía ser el aparecido uno de tantos viajeros de oficio, como hay en el mundo. Lo que sí aseveramos, es que D. Quijote y Sancho fueron depositados en la famosa cueva de Montesinos, y que de esta mismísima cueva salieron el Dr. Quix y su compañero. Que sean éstos unos usurpadores del nombre e historia de aquéllos, es cosa que no nos atañe inquirir ni esclarecer. Por sus hechos se conocerán.

Nunca había visto Santiago un personaje tan extravagante en su figura, ni tan envuelto en el misterio, pero tampoco había hallado hasta allí mayor cortesanía ni amabilidad de parte de un desconocido, porque en seguida de esta presentación e historia, entró con él en discretas y cariñosas pláticas, prometiéndole D. Quijote llevarlo consigo hasta el cabo del mundo, si necesario fuere, y mostrándose muy solícito en averiguar por las cosas de América, como si americano fuese. Con lo cual acabó de ganarse la buena voluntad de Santiago, desvaneciéndose por completo en el ánimo de

éste los temores que lo inquietaban de que el Dr. Quix fuese un loco rematado, concepto muy puesto en razón.

No había olvidado el cabrero proveerse de buen vino y otras cosillas, para festejar su buena suerte y obsequiar a sus nuevos amigos. Así fue que, mientras D. Quijote y Santiago conversaban, él y Sancho se ocuparon en aderezar la comida lo mejor posible. El señor d'Argamasille no apartaba un momento la vista de las botellas de vino, que era su lado flaco, si es que cabe alguna flaqueza en el tonel de Sancho. Después de la comida, le preguntó a su amo por qué le había quitado su apellido Panza, y alterado el nombre de su pueblo, a lo que respondió D. Quijote, llamándolo aparte.

—¿No ves, Sancho, que tu nombre anda en la historia pegado al mío? Nombrarte con todos tus pelos y señales sería quedar yo en descubierto. Por la hebra sacarían el ovillo, y esto no nos conviene. Por eso, afrancesando el nombre de Argamasilla, he hecho *d'Argamasille*, así como yo diré, llegado el caso, que soy de *Manchéster*, y no de la Mancha. Además, es cosa demasiado triste, sedentaria y monótona usar siempre de los mismos nombres, lo que viene a contradecir la ley santa del progreso, que exige diarias reformas y mudanzas en los objetos y sus nombres, no menos que en las ideas y propósitos, porque esta continua serie de cambios, es el oleaje sobre el cual flota la nave redentora de la civilización.

Y volviéndose al cabrero, continuó su discurso en estos términos:

—Por eso debe abolirse el oficio que hacéis, porque la edad de los pastores ya pasó para no volver jamás; y os hago gracia y donación del plano y la memoria que estoy formulando, para que sin pérdida de tiempo, convoquéis a vuestros colegas, primero a congreso internacional, para echar las bases de la cabrería moderna, y luego, a juntas locales y compañías anónimas, para emprender la fundación de establecimientos cabríos a la altura de los adelantamientos del siglo.

No es de admirar que el pobre cabrero creyese a pie juntillas en la realización de tan grandes y descomunales mejoras, sino que el mismo Santiago tomase muy en serio semejantes reformas, y se deshiciese en sinceros elogios del Dr. Quix, autor de una máquina tan complicada como ingeniosa, lo cual llenaba de vanagloria al insigne caballero del Progreso, que ilusionado con este triunfo, no se cansaba de prometerle brillantes y extraordinarias

reformas en la vida y costumbres de los pueblos de América, tan luego pusiese la planta en ellos, y empezase su obra redentora de acabar con lo viejo, e implantar los nuevos inventos e instituciones.

Es muy cierto que de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco, de donde resulta que cualquier hijo de vecino se cree capaz de dar recetas, escribir versos y cometer locuras, con la sola diferencia de que unos pocos dan en el clavo, y ciento en la herradura.

Concretándonos a las locuras, alguien ha dicho que el mundo es una casa de orates, o un gran manicomio. Tan cierto es esto, que hasta el más cuerdo revienta sin pensarlo por este lado flaco de la humanidad, que de tan variados modos se manifiesta. ¿Qué son en la vida los gustos extravagantes, los caprichos, las idiosincrasias, las pasiones absorbentes, y tantos otros movimientos del ánimo que están fuera de razón? Digan lo que quieran los filósofos, estas son locuras más o menos graves, pero siempre locuras, señal evidente de que al atornillar Dios la caja del cerebro humano, dejó un tornillo a medio poner, y este es el que algunos tienen flojo, y a otros les falta por completo.

Pero no es ciertamente tan temible el loco que a las claras se manifiesta, en sus acciones y palabras, del cual huímos, movidos por el temor de recibir algún daño, o compadecidos de su infortunio; no, el loco más funesto es aquel cuyo tema seduce y cautiva a los cuerdos, ora halagando los sentidos con falaces placeres, ora deslumbrando la imaginación con quimeras y utopías, porque éste gana prosélitos de buena y mala fe, según sorprenda en unos la candidez e ignorancia, o cohoneste en otros las ideas erróneas y las malas pasiones. Para este género de males tiene el vulgo el siguiente alerta: del agua mansa, me guarde Dios, que de la brava yo me guardaré.

Locuras de esta especie, se propagan por contagio, como si fueran una peste, y son en muchos casos origen de la decadencia y ruina de una familia, de una sociedad, y aun de toda una nación, como no sería difícil probarlo con ejemplos sacados de la historia.

El primer tema de la locura de D. Quijote, resucitar la caballería andante, por lo temerario, y peregrino, movió solamente a compasión y risa, de suerte que nadie lo siguió en su descabellada carrera de las armas caballerescas, en el modo y forma en que él las seguía y profesaba. Por eso abo-

minó a la postre la lectura de las historias de Amadís de Gaula, Olivante de Laura, Florismarte de Hircania y demás caterva de caballeros andantes, cuando le vino un rayo de luz, que lo hizo comprender su extravío y cambiar de tema, pero no volver al juicio, porque en despertando de su largo y misterioso sueño, como lo dejamos dicho, en vez de guardar el medio que la prudencia aconseja, se fue al extremo opuesto.

Antes batalló por resucitar lo muerto, y hacer figurar en el presente todo lo pasado y abolido. Ahora batalla por lo contrario, por soterrar más y más las cosas pasadas, sólo por el hecho de serlo, purgando el presente de toda ranciedad, para fundar por fas o por nefas, el reinado absoluto del Progreso, sin orden ni concierto en los medios, ni la menor consideración sobre las circunstancias del tiempo, sobre el estado de los lugares, sobre el carácter de las gentes, ni sobre el resultado final de sus reformas.